

“INSPIRADAS Y LLAMADAS”

Hno. José Ángel Pinedo, Ofm

Orar la Regla e ir orándola, y dentro de ese deseo de que estos días sirvan para adentrarse así en el regalo que Dios nos hace a través de ella, vamos a pararnos en el inicio de la Regla, en ese: “*Inspiradas y llamadas por Dios*”.

“*Aquellas que inspiradas y llamadas por Dios*”. Comenzar por aquí porque, no solamente es el inicio de la Regla, es el inicio de vuestra vida en clave de oración, deseando que se vaya convirtiendo esto en palabra que se adentra en el corazón, convirtiéndole así en corazón agradecido, acogedor.

Orar la Regla es una manera de que la Regla vaya adentrándose en el corazón de la mano del mismo Dios, y es uno de los mejores modos de conocer la Regla, conocerla por dentro, conocerla bien. Orar la Regla y orar esta primera frase, que sea, sobre todo, saborearla, darla vueltas en el corazón para sacarle su sabor y para saborearla como Palabra de Dios para vosotras, regalo suyo para vosotras.

“*Aquellas que inspiradas, iluminadas e ilustradas por Dios y llamadas por Él*”. En primer lugar, orar la Regla sería desde aquí: tomar conciencia de la prioridad de Dios, tomar conciencia de la primacía de Dios, la primacía de Dios en su hacer y la primacía de Dios en vuestra vida. Tomar conciencia de su protagonismo, su centralidad; tomar conciencia de que el Señor es el que invita y el Señor es el que llama, el Señor es el que hace. Comenzar simplemente mirando, mirando hacia Dios, comenzar volviéndonos hacia Él. La Regla comienza así, orientando la mirada y el corazón hacia Dios. Un acercamiento orante a la Regla comenzaría por girar un poco la cabeza y girar un poco el corazón hacia Dios, contemplarle a Él, contemplarle como aquel del que viene todo, aquel que lo hace todo.

Comenzar la oración por aquí sencillamente antes de muchas consideraciones, comenzar colocándose bien, como hace la Regla, colocándonos bien, colocándonos con la mirada vuelta hacia Él, el corazón vuelto hacia Él, y así poniéndonos también en nuestro lugar y poniéndole a Dios en el suyo.

Luego, ir saboreando cada una de estas palabras, así, en oración, cada una de estas palabras tan llenas de vida.

“*Inspiradas por Dios*”. Inspiradas por Dios que recuerda, sobre todo, la acción y la fuerza del Espíritu Santo. El Espíritu Santo que desciende y cubre. Y esto en vuestro carisma tiene mucha relación con María y recuerda mucho a María. Inspiradas por Dios, llenas de la fuerza de Dios, el Espíritu que vivifica y recrea, el Espíritu que hace algo nuevo, el aliento de Dios. “*Inspiradas por Dios*”, con su aliento, movidas con su aliento para respirar como Él su respiro ancho, grande, amoroso. *Inspiradas por el Señor* para aprender a tener también su mismo aire, su mismo estilo, su misma vida. “*Inspiradas y llamadas*”, es una vida hecha por el Espíritu y la Palabra, aquello tan conocido de San Ireneo: “*Que Dios crea el mundo con sus dos manos: el Hijo y el Espíritu*”. “*Inspiradas y llamadas*”. Dios recreando con su Espíritu y con su Palabra.

Ese “inspiradas”, que originalmente es “ilustradas”, se nos recordaba ayer, y también nos podremos parar en ello, aunque la tradición nos ha puesto “inspiradas”, y es también importante. Bien, ilustradas, alumbradas, iluminadas, glorificadas. Simplemente saborear también esta palabra. Saborearla como lo que da a entender: ilustradas, iluminadas. Y Esto nos hace contemplar la vida desde la luz de Dios, desde la gloria de Dios. Iluminadas sería también envueltas por la gloria de Dios, envueltas por su luz. Dios que con su gloria ilumina corazones. Ilumina corazones para

comprender, para mirar a su modo. Porque sin la luz de Dios no se puede imaginar una vida así.

Ilustradas, iluminadas por Dios. La luz y el destello de la gloria de Dios iluminándoos. Que la vida se haga resplandeciente, y que la vida se haga reflejo de la gloria de Dios, y que la vida se viva bajo su luz. Iluminadas por Dios. Así se toma esta vida y así se vive esta vida. Y así se comprende también el regalo de esta vida. Esto nos recuerda tantas cosas de la Palabra de Dios, donde la gloria de Dios iba iluminando al pueblo, guiando al pueblo. Y sobre todo nos recuerda a Jesucristo, la Luz. Él se proclama la Luz. Cuando se nos dice *ilustradas, iluminadas por Dios*, evidentemente también saborear que esta vida es luz, así, iluminando también con quien es su luz, con Jesucristo.

Y dice también *llamadas*. La Palabra que invita, pero más, esa Palabra que va recreando, haciéndolo todo nuevo, la Palabra que es fecunda, que hace lo que dice, la Palabra que se hace Luz y que apunta a quien es la Luz.

“*Llamadas*”. Saborear esa palabra, y que signifique habitadas por la Palabra, habitadas por la Palabra de Dios, convocadas por la Palabra de Dios, con el plan de Dios de que su Palabra se haga y se cumpla en vosotras. Ese es el plan y el deseo de Dios.

“*Llamadas*”, que cuando Dios da su Palabra se compromete, se entrega. “*Llamadas*”, que signifique también estremecidas por la Palabra y con la misión de acoger la Palabra, acogerla y vivificarla, estremecidas por la Palabra.

Inspiradas y llamadas. Palabras para orarlas, recreadas por el Espíritu y por la gloria de Dios y por la Palabra de Dios. De alguna manera también esto como principio de vuestra forma de vida. Recreadas por el Espíritu, la gloria y la Palabra de Dios. Vidas para llevar el Espíritu, la gloria y la Palabra de Dios. Vidas para dejarse hacer por el Espíritu, la gloria, la Palabra de Dios. Llamadas a vivir de ello. Y orar porque desde aquí la vida se hace misterio, y desde aquí la vida se hace gracia y se hace don. Que el Espíritu de Dios guíe, que la gloria de Dios alumbre, que la Palabra de Dios dirija y se diga en vuestras vidas.

Dice la Regla que: “*Aquellas que inspiradas y llamadas por Dios, desean*”... Bien, que todo salga de aquí, todo el deseo de esta Regla, todo el deseo de esta vida, sale de aquí: de saberse llenas de Espíritu, de Palabra, de la gloria de Dios. Ese es el plan de Dios en Jesucristo.

Invitaros a rezarlo y a retener esto en el corazón durante este día. Invitaros a volver a lo largo del día mucho a ello. Y orar estas palabras, saborearlas, creo que sería comenzar simplemente escuchando, hacer esta mañana y hacer en este día tiempos de orar así, escuchando esta Palabra: *inspiradas y llamadas*. Orar escuchando esta palabra de Dios. Así, asombradas, un poco incrédulas y gozosas, repetís estas palabras porque son vuestro secreto, parte de vuestro secreto y son el punto de partida de vuestra vida. Escuchar estas palabras y saboreándolas así como regalo, como don.

En segundo lugar, orar estas palabras muy agradecidas, sintiéndoos agraciadas y agradecidas. Agradecerle a Dios, bendecirle por su Espíritu, por su aliento continuamente sobre vosotras, sobre vuestra vocación. Bendecirle al Señor su Palabra, que Él la quiere llevar adelante. Bendecirle al Señor, agradecerle mucho, porque quiere reposar su gloria en vuestras vidas, en nuestras vidas.

Recordar estas palabras muy agradecidas, agradecer es ensanchar el corazón, agradecer es abrir puertas para que siga entrando gracia, para que siga entrando Espíritu, para que siga entrando Palabra; agradecer es abrir puertas para que vaya entrando la gloria de Dios a habitar en nuestro corazón.

Orar, en tercer lugar, también pidiendo. Escuchar estas palabras con un corazón anhelante, deseoso. Orar pidiendo al Señor que realice esta palabra suya, que realice su obra, que realice su plan, su sueño, pedirle al Señor que vaya abriendo oídos y corazones.

“*Inspiradas y llamadas*”, y pedirle a Dios que abra el oído, abra el corazón para acoger. Pedirle al Señor que siga enviando su Espíritu, que siga enviando su Palabra. Pedirle saber celebrar este don, abrir la vida a este plan suyo.

Y en cuarto lugar, orar esto mirando cómo sois a los ojos de Dios, así, inspiradas y llamadas. A los ojos de Dios y en el corazón de Dios. Quiénes sois en el corazón de Dios. En el corazón de Dios sois hijas suyas, en las que Él está deseoso de meter su Espíritu, su gloria, su Palabra, y que todo eso se vaya haciendo vida. Contemplaros así. Somos misterio, somos mucho más de lo que aparece a primera vista, y somos maravillosos. Estas palabras nos lo recuerdan y nos lo vuelven a traer al corazón. Si lo oramos, vamos aprendiendo a mirarnos con los ojos de Dios, con la luz de Dios. Orarlo para esto, mirarnos cómo somos en el corazón de Dios, y en el corazón de Dios, en primer lugar así, inspiradas y llamadas, iluminadas y llamadas.

Hemos rezado el salmo 28, y el salmo 28 nos hablaba de la fuerza de la Palabra, de la voz del Señor que descuaja, la voz del Señor que va llenándolo todo de la vida del Señor y de la gloria del Señor.

Orar la Regla. Son cosas que las sabéis muy bien y son cosas sobre las que habéis vuelto mucho. Sencillamente invitaros a esto: a que en este día os paréis en estas palabras, las viváis como gracia, las saboreéis así, y de esta manera vayáis haciendo más espacio en el corazón, para que vuestra vida quede más iluminada desde este plan que el Señor tiene.